

CAPÍTULO FINAL

La carta que no debía salir de la caja

La mañana cayó pesada sobre Sabaneta. Era lunes, y los lunes el pueblo despertaba con un silencio especial: el cansancio de las Patronales todavía flotaba en las calles, las luces seguían colgadas en el parque y las cenizas del baile dormían en la tierra.

Simón llegó más temprano de lo normal a la escuela. Tenía el rostro cansado, los ojos sin brillo de sueño, y la camisa, aunque planchada, parecía ajada. Los niños repitieron su dictado, pero él no los escuchó bien. La mente se le fue a la noche anterior: el bolero, la mano de Manuela, el gesto de rendición de Rafaelito.

“Si yo hablo, tiemblo... pero si callo, duele.”

Esas palabras se habían quedado en él como espinas clavadas en su memoria. A la hora del recreo, decidió ordenar su escritorio. Tomó su cuaderno, lo abrió, lo cerró. Dudó. Sabía que debía guardar ciertas cartas en casa y no traerlas más. Porque el corazón, cuando lo ven por escrito, deja de ser íntimo.

Al mediodía, cuando salió de la escuela, pasó por el colmado de Blanco a comprar pan. Rafaelito no estaba; el taller seguía cerrado. Blanco dijo: Ese muchacho se fue al río otra vez. Anda con la cabeza pesada. Simón asintió, pero no preguntó más. Caminó hasta su casa, entró a su cuarto, abrió la caja de madera bajo la cama. Las cartas estaban allí, salvo una.

La última. La del río. La que decía: “Si usted supiera las cosas que el río sabe de nosotros...” El cuerpo de Simón se quedó frío. Revolvió de nuevo, con desesperación, aunque sabía.

La carta no estaba. No... no... susurró, sintiendo el golpe en el pecho. La tía Carmen había estado esa mañana visitando y ayudando a la madre de Simón en algunos

quehaceres de la casa. La caja había quedado abierta. “Si Carmen la tomó... entonces el pueblo la sabe... y si el pueblo la sabe... ella también.”

Esa tarde, el parque fue escenario de un silencio distinto. No había música ni luces, ni fiesta, pero el aire tenía rumor. Manuela como siempre, se fue por la ruta conocida a su casa.

Vestido sencillo, carpeta bajo el brazo, el mismo paso calmado.

Pero cuando vio a Simón sentado en el banco, no siguió de largo. Decidió acercarse. Buenas tardes dijo ella. Buenas... respondió él, con voz baja. Se sentó a su lado. No sonrió.

Hoy recibí algo dijo ella, clavando la mirada en la iglesia, no en él. Simón no respiró. La tía Carmen encontró una carta... no sé si estaba dirigida a mí... pero no hizo falta preguntar. Ella puso la mano en el bolso y sacó el papel doblado. Lo sostuvo sin dárselo del todo. La leí añadió. Un silencio atronador siguió a esta afirmación. El parque entero escuchó. Yo... intentó decir Simón. No, lo cortó ella, con suavidad. No te disculpes. No hay nada feo en lo que escribes. Simón sintió el temblor. Pero hay algo doloroso continuó ella. No porque me quieras... sino porque te guardas. El viento movió los árboles. Ella bajó la mirada a la carta. Y Simón sintió un agridulce estado de ánimo que lo confundió aún más.

Eres bueno, Simón. Y puro. Pero el silencio... hiera. A ti y a los que te rodean.

Él quiso contestar.

No pudo. Rafaelito me vio bailar contigo dijo ella, sin dureza Y él también sufre en silencio. Solo que el de él se desborda... y el tuyo se ata. Ella dobló la carta con cuidado, como quien guarda un pañuelo delicado.

No voy a quedarme en medio sentenció. No me lo merezco. Y ustedes tampoco. Simón tragó, con dolor. No quiero perderlos susurró él. Entonces habla, respondió. No conmigo. Con él.

Ahí fue donde su voz cambió. No para llorar. Para firmar destino. Lo que pase entre ustedes dos no debe definirme a mí. El amor no se pone en una cuerda.

No se tira. No se mide. No se gana. Se dice... o se pierde.

Ella se levantó, suave, sin rabia. Gracias por lo que escribes murmuró. No por mí... sino por el hombre que te conviertes cuando lo haces. Antes de irse, agregó: Puedes quedarte... o puedes irte a la capital. Pero no puedes seguir en la mitad.

Simón ni siquiera la vio irse. Solo vio el banco vacío a su lado.

Esa noche, Rafaelito llegó tarde del taller. Se quitó la camisa, prendió el bombillo y se quedó mirando la nada. Simón entró sin avisar. Rafaelito no levantó la cabeza, pero habló.

Lo supe. La carta... dijo Simón, con vergüenza. No interrumpió Rafaelito. Lo otro.. Yo pensé, continuó, que el dolor mío iba a ser el protagonista... pero me equivoqué. El tuyo es más hondo. Porque tú te lo haces solo. Respiró. Y eso es peor. Simón quiso acercarse, pero se quedó a medio camino.

No la elijas dijo él. No todavía. No así. Primero elige si quieres ser valiente. La frase cayó como golpe de luz. Porque si tú hablas añadió yo me callo. Pero si tú callas... yo no puedo prometerle nada.

El lunes terminó. El pueblo apagó las luces. La carta volvió al cuaderno, pero ya no pertenecía al silencio. El amor había hablado sin permiso, y eso, en Sabaneta, tenía consecuencia. Porque quien escribe sin entregar... no llega a ningún lugar.

La carta oficial

El viernes amaneció con cielo nublado. No llovía, pero había ese aire espeso que en Sabaneta anunciaba cambios: de clima, de ánimo, de rumbo.

A media mañana, el director de la escuela, don Jorge, llamó a Simón a su oficina. Pase, Simón dijo, sin ceremonia. El despacho era pequeño, con un fuerte olor a tabaco y a alcohol, a tiza, humedad y papeles apilados. El bullicio de los muchachos de la escuela llegaba fuerte al despacho del director. Don Jorge acomodó sus lentes, hurgó entre los documentos y sacó un sobre amarillo. Ya llegó dijo. Simón sintió cómo el corazón se recogía. ¿La confirmación? preguntó, casi en voz baja. Sí respondió el director. Ministerio de Educación, Distrito Nacional, Santo Domingo. Aquí está su aceptación definitiva para cursar pedagogía en la capital. Debe presentarse el 1 de octubre. Sin retraso.

Simón no habló. El director continuó: usted tiene vocación, muchacho. Tiene futuro. Aquí... ya no cabe. eso dolió y a la vez alivió. Tiene tiempo para organizarse agregó el director. Pero no se demore pensando. El que piensa demasiado se queda... Y lo miró con esa sabiduría antigua de los hombres que ven más de lo que dicen.

Simón salió con el sobre en la mano. El sol, de repente, parecía más duro.

Esa tarde, el parque estaba tranquilo. Ni música ni patronales; solo viento y música en los bares. Él se sentó en el mismo banco donde Manuela había leído la carta. Abrió el sobre y leyó en silencio: “Queda formalmente admitido...” Palabras claras, sin romanticismo, sin poesía.

La vida sin metáforas. Cerró los ojos.

Rafaelito, llegó sin anunciarse, como siempre. Te vi desde la esquina dijo, sentándose a su lado. Notó el sobre. ¿Es de allá? preguntó. Simón asintió. Es definitivo. Rafaelito respiró hondo.

No rabioso, no dolido: maduro. Bueno dijo. Entonces ya no es idea. Es camino. Simón apretó el sobre. Tengo miedo confesó. Eso es bueno contestó Rafaelito. El que no tiene miedo no sabe lo que vale lo que deja. Simón lo miró. Me da miedo dejarla... y dejarte. Rafaelito bajó la cabeza. Yo no me voy a romper dijo. Y ella tampoco. Pero tú sí, si no sales. No era un reproche. Era cariño.

Siempre supe, continuó Rafaelito que yo quería algo que tú también querías. Pero la diferencia es que tú quieres el amor... y yo quiero la vida. Y a veces la vida se parece más a partir que a quedarse. Esa frase le quedó a Simón como piedra clara en el alma. Yo no quiero ganar añadió Rafaelito. Quiero no perderte.

Manuela, llegó más tarde que de costumbre. Vestido sencillo, paso sereno, pero los ojos... los ojos ya sabían. Se acercó y se quedó de pie frente a ellos dos. ¿Es hoy? preguntó, mirando el sobre. Es octubre, respondió Simón. Rafaelito se levantó, sin ruido. Los dejo dijo. No porque me duela, sino porque ya no cabemos los tres en la misma sombra.

Se alejó sin dramatismo. Un hombre que sabe cuándo retirarse sin perderse. Manuela se sentó junto a Simón. No habló enseguida. Se quedaron oyendo el parque, los grillos, el ir y venir de la gente.

¿Estás contento? preguntó ella al fin. Estoy... vivo —respondió él. Vivo no es lo mismo que feliz —susurró. Simón sostuvo la mirada de ella. Si me quedo... me seco —dijo. Si me voy... me rompo. Ella inclinó la cabeza, asintiendo. Eso es crecer murmuró. Ninguno de los dos caminos es amable.

Le tocó la mano. No como amante. Como verdad. No te voy a pedir que te quedes dijo. Porque si te quedas por mí... me vas a reclamar un día. Él apretó los labios. Tampoco te voy a pedir que me esperes agregó ella. Porque el que espera sin vivir... muere un poco.

El viento movió los almendros. El parque respiraba. Pero sí te voy a pedir algo concluyó ella. ¿Qué? preguntó él. No vuelvas mudo. Vuelve hombre completo. Con voz.

Simón cerró los ojos. Sintió un alivio extraño: doloroso, hermoso, inevitable. Ella se levantó. Rafaelito te quiere, dijo antes de irse. No lo olvides. Y yo también... a mi manera.

Lo dejó con el sobre en el regazo, entre el amor y la amistad, entre el río y la ciudad, entre lo que fue y lo que será. Esa noche, por primera vez en meses, Simón escribió sin guardar la carta.

No a Manuela. No a Rafaelito. A sí mismo.

“Sabaneta quedará como cicatriz dulce. No voy a huir del amor ni de la amistad. Voy a aprender a decir. A llegar, no solo a mirar. Y si vuelvo, que sea con palabra viva.”

La vela ardió completa. Afuera, la luna estaba quieta. Y Sabaneta, silenciosa, entendió sin preguntar: el verdadero viaje no es a la capital.

La despedida.

Llegó el 1 de octubre sin sobresaltos. Sabaneta amaneció como cualquier lunes: cantar de los gallos tempranos, olor a leña, niños uniformados, río silencioso. Solo Simón sabía que, en ese amanecer común, terminaba una vida y comenzaba otra.

El autobús para Santo Domingo estaba en la esquina del parque, delante de la Gobernación.

Pocas maletas: dos mudas, un cuaderno, la caja de cartas ya ordenadas y una manta doblada por su madre.

Rafaelito llegó primero. Sin palabras, como llegan los amigos viejos cuando lo que hay que decir ya está dicho.

¿Listo? preguntó, con voz firme y mirada clara. Con miedo respondió Simón, pero listo. Rafaelito lo abrazó. No rápido, no fuerte: largo, silencioso, de esos que dicen mucho y callan demasiado.

No me agradezcas. Solo vuelve... entero.

Se separaron sin llanto. La amistad verdadera no se quiebra; se ensancha.

Manuela llegó después, sin prisa. Vestía un traje azul oscuro, sencillo, y no llevaba flores.

Venía como quien no quiere dejar marca, pero la deja igual. Buenos días, Simón. Buenos días, Manuela.

Se quedaron frente a frente, sin sombra del parque ni música. Solo aire de pueblo. No vine a darte un discurso dijo ella. No lo necesito. Ella sonrió. Solo vine a verte partir sin esconderme.

Él tragó el dolor suave. Gracias... por no pedirme quedarme dijo él. Nadie debe quedarse por nadie respondió ella. El amor no es cadena.

El autobús encendió el motor. Las golondrinas cruzaron el cielo. Y gracias agregó él... por no prometer esperas. Si la vida quiere, cruza caminos dijo ella. Y si no quiere, no hay promesa que la obligue. No hubo beso. No era necesario. El amor no siempre necesita labios: a veces le basta respeto.

Manuela extendió la mano. Él la tomó. No vuelvas niño susurró ella. Vuelve hombre que diga lo que siente, no que lo escriba y guarde.

Lo intentaré. No. No lo intentes. Hazlo. Lo soltó, y se apartó un paso. El autobús anunció la partida con la bocina.

Simón subió. Desde la ventana vio a los dos: Rafaelito, firme, sin derrota; Manuela, serena, sin reclamo.

La guagua avanzó despacio por la calle polvorienta. El parque quedó atrás: los almendros, el banco, las luces sin fiesta.

Sabaneta se fue encogiendo.

Y con ella, la versión del hombre que mira sin hablar.

Años después

Regresó.

Ni triunfante ni vencido: hecho. Profesor formado, voz segura, palabras claras. No venía buscando recuperar nada, sino agradecer lo vivido.

Encontró a Rafaelito en el mismo taller, pero con menos prisa y más paz.

Volviste dijo, sin sorpresa. Ahora sí respondió Simón. Completo. Se abrazaron de nuevo, sin la astilla de antes.

Encontró a Manuela en la Gobernación, ahora secretaria principal.

Buenas tardes, Simón dijo ella, con calma. Buenas tardes, Manuela. No hubo sobresalto. No hubo herida. Había algo más difícil y valioso: claridad.

¿Fuiste feliz allá? preguntó ella. No siempre... respondió él. Pero fui verdadero.

Ella sonrió, adulta. Eso basta. Caminó unos pasos hacia la puerta. Antes de salir, volteó. ¿Sabes qué es lo mejor de los viajes? preguntó.

No. Que uno vuelve distinto, aunque todo esté igual. Y se fue.

Esa tarde, Simón se sentó en el mismo banco del parque. Sacó un cuaderno nuevo, sin cartas guardadas ni sobres rotos. Escribió solo una frase:

“Quisimos sin poseer, partimos sin huir, volvimos sin exigir.”

Luego cerró el cuaderno y lo dejó sin llave ni caja. El río sonaba lejos. Las campanas de la iglesia marcaban otra hora, otro hombre, la misma tierra.

No hubo amor perdido. No hubo amistad rota. Solo la vida, con su paso sobrio, sus vaivenes, su ternura sin espectáculo.

Y así, sin estruendo ni tragedias, Sabaneta siguió siendo Sabaneta: calor, brisa, orilla de río, fiestas patronales, banco de parque...

Y tres corazones que aprendieron sin decirlo que no siempre el final es abrazo, ni beso, ni boda.

A veces el final es madurez.